

A la Ilustrisima y Real
Academia Latina Matritense

Disertacion
Sobre la pureza de la lengua latina,
y modo de fijarla.

Por Don José Ambrosio Contreras, Presbitero, Profesor
de Humanidades en la Ciudad de Granada, con
el fin de obtener el honor academico.

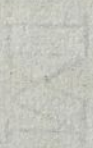
Granada 14 de Octubre de 1827.

Attest my hand and seal this 1st day of June 1802

John Adams

Secretary of State

The President of the United States



For the purpose of certifying the original of the

above mentioned instrument to the

proper authorities of the State of

Massachusetts

Done at the City of New York this 1st day of June 1802



Habiendome cabido en suerte por orden Vues-
 tra, Ilustrisima Academia, Sapientisimo y rectis-
 simo Jurces, disertar en vuestra presencia, sobre la
 „puriza de la lengua latina i modo de fijarla“
 con el fin de obtener el honor academico, al punto
 me hice cargo ya de la dificultad del asunto, ya de
 la respetable dignidad de este Congreso, i ya en fin
 de la debilidad de mis fuerzas. Porque ¿quien
 podria hallarse tan dotado de ingenio, tan versado
 en la lengua latina, ó tan instruido de su origen,
 de su estructura, i de los varios acontecimientos
 de su fortuna, que habiendo de tratar de cosas
 tan escabrosas i dificiles á presencia de hombres
 sapientisimos, i de una Academia, en quien reside

el mas delicado juicio, presume, no digo de hablar
con acierto, pero ni aun de haber podido preparar
la materia para tan grande empresa? Pero siendo
muy justo que para conseguir un grandissimo bien
se emplee un trabajo asimismo grandissimo, porque
se envileceria aquel honor digno de los deseos de
los hombres mas sabios, si fuera dado a alguno
conseguirlo a poca costa; y por tanto debiendo
yo, que aspiro a él con los mayores deseos, desem-
peñar el cargo, que a este fin se me ha impuesto;
confiado en Vuestra indulgencia, dividire en dos
partes la presente disertacion; pues parece debe
tratarse en primer lugar de la propiedad de la
lengua latina, y en segundo del modo de fijar
y adquirir esta misma propiedad.

Ningun hombre de sano juicio y medianamen-
te versado en las bellas letras juzga que ignora, que
no fue siempre igual la fortuna de cada lengua;
sino que habiendo tenido unos principios humil-

des, por entre varios acontecimientos y muchísimas vicisitudes, llegó andando el tiempo à su mayor perfeccion: lo que mas bien que à otra alguna sucedió à la lengua de que tratamos, lo que conveceva facilmente cualquiera, que desde su cuna, por decirlo así, recorriere su historia: por que su origen fue barbaro, y ella no fue desde el principio pura, sino imperfecta de muchas maneras y de muy fea semblante: pues los Romanos acostumbrados por lo comun à cosas duras y horrosas, mas bien se complacian en las armas que en las letras, y eran mas dedicados à los estudios militares que al de la lengua, como que preferian hacerse famosos por sus esclarecidas hazañas à celebrar con esclarecida afluencia y elegancia de palabras las hazañas de otros. Mas à la industria y sollicitud de sus descendientes se debió que sabiendo de aquella antigua rusticidad del lenguaje llegasen à su mayor gloria, y

la lengua latina resubrase la mas elegante de
todas las lenguas, à la qual se agrego el mayor
splendor juntamente con el imperio.

Los Romanos instruidos primeramente por
los Griegos en las artes liberales, las cultivaron
con tanto empeño y esmero, que todos los tienen
por los mas sobresalientes en todos generos de cien-
cias; y asi es que el antiguo Lazio presenta es-
culturisimos monumentos de todas las doctri-
nas, de los cuales ningun hombre docto puede
carecer sin oprobio. Por tanto habiendo procura-
do los Romanos conservar sin corrupcion la
lengua y demas artes de los Griegos, observemos
esta misma costumbre nosotros y las demas
Naciones, en las cuales florecen los estudios li-
terarios, para que nuestra ciencia literaria
republica, apoyada en los monumentos Latinos,
compulsada siempre en el estudio de las humani-
dades y bellas letras, tenga tambien coronada

4
lengua latina, y procure conservarla incorrup-
ta, sin que á ninguno sea lícito adulterarla.

Es tambien una y mil veces de desear, y de-
be procurarse con el mayor esmero, que posean
esta pureza y elegancia de la lengua latina
tan recomendada por los mejores escritores lo
que descom tratarse con hombres literatos, pues se
hallan muchisimos, que queriendo ser tenidos
por doctos, vociferan en todas partes latinidad,
pero escriben y hablan barbaramente, ó porque
no entienden la lengua latina, ó porque des-
precian su propiedad, ó porque no se han pro-
puesto un Autor clasico, á quien imitar, en
terminos que si los oyeran hablar los antiguos
latinos, estos no conocerian su propia lengua.

Pero venamos al proposito. No parece á la ver-
dad que debe establecerse la propiedad de la len-
gua latina en el mismo modo de pronunciar que
tuvieron los antiguos latinos, siendo, como es, cer-

tiſimo que ſu elegancia no puede conſeguirſe ha-
blando, como que ignoramos ſu modulacion de voz,
ſu moderacion de aliento, y aun el proprio y conve-
niente ſonido de muchas palabras, por cuya razon
cada uno no duda pronunciar las palabras latinas
como pronuncia ſu proprio idioma. Pero eſto no im-
pide que nosotros podamos tambien llegar á aquel
eſplendor de la lengua latina, que algunos ad-
quirieron, y á la propiedad, que poſuyeron los anti-
guos: porque ¿ que cosa hai tan ardua, que cosa
hai tan difícil, que no ſe vence con el trabajo y
el estudio?

Mas aun cuando eſte estudio fuere tan costo-
so y difícil, lo grande de ſu utilidad debria im-
peler á los hombres á emprender el trabajo de
adquirirlo; pero habiendose ya conſeguido por el
uſo, e industria de hombres muy eruditos
que aun los niños lo adquirian ſin gran difi-
cultad, habiendose ilustrado en nuestros tiempos

5

con casi innumerables comentarios, y enseñando
unas instituciones muy sucintas en lengua vul-
gar, de modo que deba reputarse como un tronco
y una piedra el que no sea capaz de aprenderlas,
y con que palabras culparemos la desidia y pere-
za de aquellos hombres, que sobre no querer
ellos dedicarse à esta lengua, aun procuran re-
traher de su estudio à los juvenis honrados aman-
tísimos de las letras? No dando pues oídos à
semejantes hombres, à quienes no se como llame-
mas bien, si enemigos de las letras, ó aduladores
de la ignorancia, debi aprenderse y conservarse
aquella lengua pura y casta, y tal que pueda
llamarse y tenerse por verdaderamente lati-
na. Pero cual sea ella, cuanta su nobleza y exce-
lencia, y cuan grande la utilidad y placer que
resulte de adquirirla, examinemoslo con algu-
na detencion.

No dudamos ciertamente que todos saben

que la propiedad de la lengua latina no es otra
cosa que la misma latitud, y el modo de ha-
blar con pureza segun la costumbre de los anti-
guos Romanos. Mas como aquel lenguaje lati-
no de los antiguos, que se usó en los tiempos
de Ciceron y Augusto, tenga cierta propiedad
nativa, y sumamente difícil de conseguir, por
haberse ya perdido la costumbre de hablar en
latín, debemos procurar nosotros con el mayor
cuidado no separarnos mucho de aque-
lla virtud y elegancia del idioma romano: por-
que no debe tenerse por pura, casta, y verdadera-
mente latina una lengua, que aunque algun-
tanto se conforme en su estructura con las oracio-
nes latinas, abunda no obstante en voces y modos
de hablar agenos en algun modo de las palabras
y lenguaje de los antiguos: por lo qual debe evitarse
con sumo cuidado toda novedad de palabras y
modos de hablar, e imitar con el mismo à lo

Autores clasicos, á quienes toda la antigüedad
 veneró siempre como á Padres de la lengua lati-
 na. Que si los Romanos, si los mejores oradores y
 los hombres mas sabios tubieron grandissimo es-
 crupulo en usar de una palabra que no fuese
 latina, lo mismo debemos hacer con sumo cui-
 dado nosotros, los que vivimos dedicados á la len-
 gua latina y profesamos su elegancia, evitando
 como un agudo escallo toda palabra disuadida y
 nunca oída, para poder así conservar aquella
 nobilissima y esculentissima lengua, propia del
 imperio mas grande de quanto jamas exis-
 tieron, comunicada despues á todas las naciones
 que dominaron los Romanos, famosas por sus
 armas, y la qual tubieron á mucho honor hallar
 como nativa los hombres mas sabios de la ma-
 yor parte del mundo.

Si desamos pues que se conserve el recto ori-
 gen de las palabras, es necesario que nos abstengamos

mas de las que todos convienen que mas bien de-
ben costarse entre las griegas, y que acaso por
consultar à la brevedad se introduxeron en la
lingua latina con gran perjuicio suyo: por lo
cual si hay algunas cosas que no puedan ex-
presarse en latin con una sola palabra, expre-
sarse con muchas, y por exemplo à un hom-
bre que carezca de un ojo, llamamos el hombre
de un ojo, mas bien que hombre unioculo, ja-
ra que no sea vicio que pecamos de modo algu-
no contra la pureza y elegancia de la lengua.
Mas aun las palabras verdaderamente lati-
nas, y que no estan compuestas de la mezcla de
diversas lenguas, quando se usan fuera de la cos-
tumbre de los Autores mas acreditados, se hace vi-
ciosamente, lo qual sucede mas de ordinario en la
ortografia, prosodia, y etimologia, de lo qual trata
admirablemente Heinecio en sus Fundamentos
de la cultura del estilo.

Similitud se opone á la elegancia el solocismo,
 que consiste en componer contra las reglas au-
 torizadas por el uso de los mayores autores, quan-
 do á cada palabra no se da el regimen que le
 corresponde, de que resulta que las antedichas
 no se acomodan con las conyungientes. Se opone
 tambien el arcaismo, haviendo salido del sepulcro
 unas palabras que ya habian dejado de usarse
 en tiempo de Ciceron, y que no conocieron bastan-
 temente los escritores que mas se distinguieron
 quando estaba floreciente la lengua latina, á los
 males debemos nosotros imitar en la formacion
 y construccion de los discursos, y en la elegancia
 de hablar en latin. Pero, para usar de las palabras
 de Erasmo, así como son mas dignas de alabarse
 las que se acomodan en sus composiciones á la
 imitacion del siglo mas felice de la lengua la-
 tina, así no puede aprobarse á algunos que reu-
 san como barbara toda palabra que no usó Ciceron



ron, aunque la hallen en otros autores tambien
excellentes, anteriores, o posteriores; pudiendo su-
cider que las que usaron en estos tambien las
escribire Julio en los libros que nos faltan.

Asimismo ofendemos sobre manera a la per-
reza y elegancia de la lengua latina no solo cuan-
do usamos de palabras nuevas, sino tambien
cuando damos a las que usaron los antiguos
nacion distinta de la que exige su propiedad,
y el uso de los buenos Autores. Mas hay algu-
nas que se llaman nuevas y recién inventadas,
y debemos tenerlas por nuevas y antiguas, cira-
les son las que se introduxeron al principio del
siglo de Licinio y Augusto. Estas noore duda
que todos deben admitirlas y usarlas con segu-
ridad.

Pero no sin mucha economia, y solo en el
caso de urgentissima necesidad usaremos de las
que se introduxeron quando ya amenazaba la se-

metidos y ruina de la lengua latina: y rara vez
 ó nunca deberemos usar las que se forjaron é
 hicieron en edad mas desgraciada; y con mucha
 especialidad deben evitarse las que para gran-
 de ignominia de la lengua se introduxeron en
 los siglos barbaros por hombres destituidos de
 toda instruccion en las bellas letras, y que ha-
 blaban de su cuenta segun les parecia: segun
 los cuales pecaríamos tambien nosotros contra
 la pureza de la lengua latina, si quisiéramos
 forjar de nuevo, é introducir en ella alguna
 voz desconocida de los latinos, y que no se halla-
 se en los escritos de los Autores clásicos.

A la verdad las lenguas que dejaron de usar-
 se, y se llaman muertas, estan exentas de toda no-
 vedad: la misma muerte las hizo inmortales,
 porque exentas de la ley comun, conservan siem-
 pre y constantissimamente la forma que tubieron,
 y no estan ya precisadas á padecer mudança.

Las lenguas vivas, de que usan los hombres, tienen la propiedad común de padecer un curso incierto y voluble, como todas las cosas humanas, y así se verían renacer cada día muchas palabras, que ya en otro tiempo dejaron de usarse, y las que ahora están en mayor honor caerán del mismo modo luego que así lo quierá el uso, en cuyo arbitrio está el derecho de decir, la disposición del discurso, y aun el mismo modo de hablar, como afirma Horacio. De aquí es que los Autores, que durante su vida se tienen por los más elegantes y elocuentes, pierden una gran parte de este honor poco después de su muerte, la pierden mayor parte algunos siglos, y luego que pasan siglos acaban de perderlo del todo. Mas esto nunca sucederá á la lengua latina, cual ahora la tenemos: esta siempre permanecerá hermosa y elegante, no sufrirá la condición incierta y voluble de las cosas

9
humanas, y así como en los siglos mas remotos
de la antigüedad fue agradable á los sabios, en
los de la posteridad nunca parecerá molesto, sino
siempre burlesca y elegante.

Pero cuando tratamos de la elegante y propia
latinidad, cuando impugnamos las palabras nue-
vas usadas por los barbaros, y no por los romanos,
no hablamos de aquellas, con que se nos han da-
do á conocer las cosas mas saludables á todo
el linage humano: porque no somos tales que
cun las cosas mas sagradas de los cristianos
queramos que se ajusten á los nombres de las
supersticiones profanas; antes juzgamos que
deben castigarse severamente los que lo hacen,
pues casi parece que deliran por el excesivo cuida-
do de la elegancia latina, despreciando aquellas
palabras celestiales, y que se nos han enseñadas por
divina disposicion; por cuyo motivo los sabios los
tachan juramente de no poca injuria. Habiendo

pues de hablar de las cosas divinas, conviene que
al mismo tiempo que usamos de las palabras
elegantes, y que usaron los mejores Autores, con-
servemos tambien aquellas otras nunca concei-
das por los antiguos Latinos, que los cristianos
se vieron precisados à inventar para indicar
una nocion nueva, ó para expresar mas bien
su pensamiento, aunque parecian agenas de
toda cultura y elegancia.

Pero no debe contarse entre estas aquella por-
cion de voces y palabras que sin necesidad algu-
na inventaron ó introduxeron los Doctores cris-
tianos, para tratar filosoficamente las cosas
divinas segun costumbre de las escuelas: las
cuales por tanto todos los que son medianamen-
te zelosos de la propiedad Latina conocen que de-
ben evitarse. Quando hayamos pues de hablar
en Latin sobre qualquiera asunto, usemos de
las palabras que son proprias, y como ciertas vocar

ellos de las cosas, que se consideraran como una cosa
 con ellas, y en este punto la mayor virtud consistira
 en que evitemos las palabras bajas y desusadas, y
 adoptemos siempre las recogidas e ibustris, en que
 se note cierta plenitud y buen sonido, para lo
 qual es como solido fundamento el uso y acopio
 de buenas palabras.

Mas como no se oponga a la pureza de la lengua
 latina la traslacion de las voces de su propia signi-
 ficacion a otra agena, que los retóricos llaman lo-
 cucion tropica, bien se haga por metáfora, bien
 por metonymia, bien por sinecdoque, o por otro de
 los varios modos de hacerse, que se llaman tro-
 pos, las traslaciones, que hayamos de hacer, haga-
 muslas con las palabras con que las hicieron los
 mejores latinos, no con las que para esto mismo
 usaron otros, quando la lengua latina estaba ya
 casi muerta.

Este modo de trasladar las palabras es de un-

chissima extensione: en el principio lo introduxo la
necesidad por la escasez de palabras, y despues lo
hicieron celebre el delite y placer; pues quando aque-
llos puede alguna cosa declararse con palabra
propia y se expresa con una trasladada, la seme-
janza de lo que colocamos en lugar ageno añade
claridad á lo que queremos dar á entender. Estas
traslaciones son como ciertos prestamos, pues consis-
ten en tomar de otra parte lo que no tenemos.
Pero hay algunos mas libros que no indican escasez
de palabras, sino que añaden esplendor á la idea,
y se usan por mero delite; mas no deben hacerse
otras traslaciones que las que sirvan á aclarar mas
la cosa, ó con las que la cosa misma, ó una muy
buena parte de ella se de mas á entender.

En estas traslaciones, con que los hombres se
complacen mas que con las palabras propias, de-
be notarse alguna semejanza; por que la palabra
que se pone en lugar ageno como si fuerá proprio,

si es conocida, agrada; pero si no tiene semejanza alguna, con razon se desecha. Debe ademas procurarse que la semejanza no sea muy remota, y que toda traslacion se aplique cuanto sea posible á los sentidos, especialmente de la vista, que es el mas agudo, y en los opor del entendimiento se afectan mas de las cosas que se ven, que de las que se oyen; y como quiera que la principal virtud de la traslacion de las palabras consiste en que la que se traslada toque á los sentidos, debe evitarse toda deformidad de aquellas cosas, á que la semejanza arrebata los animos de los lectores: así se conseguirá que el discurso se señale e ilumine con las palabras trasladadas, como ciertas estrellas.

Otro adorno de la lengua latina consiste en la continuacion y union de las palabras: esta continuacion requiere principalmente dos cosas, á saber: colocacion, y despus modo y forma. A la colocacion corresponde colocar y disponer las

palabras, de modo que su union no resulte aspera
y mal sonante, sino enlazada en cierto modo,
en tal manera que juntemos las ultimas con las
primeras siguientes, y ni sea desagradable o enlaca,
ni defe de ponerse cierto numero de palabras en
la oracion latina, como aseguran todos los que
saben hablar bien en latin, los cuales desean que
la union de las palabras caiga, cuadre, y se haga
con cierto numero; aunque seria un vicio muy
notable si en la prosa se formase un verso por
la union de las palabras.

Una de las muchas cosas, que mas distinguen
al erudito del necio o ignorante en escribir,
es que este derrama las palabras con desalino,
y con ningun artificio determina lo que escribe;
cuando aquel trata el sentido con las palabras
de tal manera que las incluye y encierra con
cierto numero, de que resulta suavidad y ele-
gancia. Debe pues ilustrarse y limarse la ora-

cion latina no solamente con palabras, sino tambien con sentencias, y con una agradable abundancia y variedad de cosas muchas y grandes: pues, como dice Fulvio, que cosa hai tan furiosa como el sonido estéril de las palabras, por muy buenas y elegantes que sean, en que ^{no} se contiene sentencia ni nocion alguna? Por que como toda oracion consiste de cosas y palabras, ni las palabras pueden tener lugar si falta la cosa, ni la cosa luz si faltan las palabras.

La claridad es otra virtud de la lengua latina: la oracion grave y elocuente debe acomodarse a los entendimientos y alcances de los hombres; mas hay algunos, que de proposito obscurcen sus palabras y discursos, pareciendoles que no son ingeniosos sino se necesita un ingenio superior para entenderlos, y que mas bien quieren que sus discursos no se entiendan, que no que se moten.

Hay en fin otras muchas virtudes de la lengua lati-

na, que sería demandado prolijo recorrer minuda-
mente, de las cuales se trata con estension en los
libros de muchos que escribieron sobre la legi-
tima ó sospechosa latinidad, en las cuales po-
demos aprender à evitar, como à una serpiente,
todo lo que repugne à la elegancia. Quere pues
lo dicho acerca de la propiedad y pureza de la
lengua latina: ahora debe tratarse del modo
de fijar ó adquirir esta misma propiedad.

Nadie ignora que para adquirir la propiedad
y pureza de la lengua latina se necesitan tres
cosas; arte, imitacion de los mejores Autores, y
ejercicio cotidiano, por no decir continuo. Ar-
te, repito, necesario especialmente para nosotros,
à quienes no concedió la naturaleza el haber
nacido en el antiguo Lacio, y hablado en latin.
Mas aun cuando la naturaleza nos hubiera
dignado de modo que por ella sola hablásemos
la lengua latina, no por eso debería considerarse

inutil el auxilio del arte, pues siempre se necesita para ayudar a la naturaleza, pues como dice Cicero, aunque algunos hombres dotados de grandes ingenios adquirieran facultad de hablar y elegancia sin arte, el arte sin embargo es una guia mas segura que la naturaleza, porque lo que se hace con sola la luz natural, se hace mejor y mas seguramente con el arte.

El Arte, para explicarme en pocas palabras con el muy insigne Luis de Granada, es una enseñanza que prescribe el camino y modo cierto de hablar. Es necesario pues que entendamos los preceptos, que maestros muy cuidadosos de las instituciones latinas han entresacado con grande estudio de los mejores Autores de la lengua para latinidad, y nos han dado reunidos en un cuerpo; los cuales siendo muchisimos, Heinecio los ensena reducidos a pocos capitulos en la primera parte

de su obra sobre los Fundamentos de la cultura
del estilo. Allí se nos enseña breve y diligente-
mente lo que debemos observar y precaver en
la ortografía, pronunciación, etimología, y
sintaxis de las palabras latinas. Pero; cuando
~~se abren~~ caminos muy llanos y fáciles para ad-
quirir esta Arte nos han descubierto los escri-
tos de nuestra Nación en los últimos tiempos!
Tales son entre otras publicadas por el Sr. Dig-
nísimo de esta Ilustrísima Academia, las ins-
tituciones gramaticas escritas en lengua vul-
gar por D. Luis de Mata y Arango, en las cua-
les se enseñan con sencillez filosófica los preceptos
de los mejores y mas diligentes gramaticos, toma-
dos de las mas puras fuentes; instituciones à la
verdad que no deben proponerse à otros alguna
por perfectas que sean; como tambien el utilissimo
Diccionario de D. Manuel de Valbuena en que ha-
llamos vertidas con toda diligencia al idioma es-

pañol la significacion propia y traslativa de las palabras, y las frases comprobadas con el uso y autoridad de los mejores escritores.

En estos u otras semejantes auxilios nos será facil distinguir todas las palabras con sus diversas ideas y significaciones, y no nos expondremos à tener por latin purissimo todo lo que hallemos escrito; pero sin ellos es muy de temer que no conociendo el engaño admitamos muchos vocablos deusos y antiguos, y muchos de incierto o ningun credito, con que manchemos la pureza y elegancia de la lengua, y que convirtiendolos en nuestro uso, sean despues muy dificiles, o impossibles de corregir.

Conforme à las reglas del arte procuraremos en primer lugar notar con sumo cuidado la eleccion y propiedad de las palabras, en lo qual consiste la principal virtud de la oracion latina: notaremos asimismo en pronuntuarios dispuestos para este fin, y

con el de evitar el otredio, las traslaciones de las
palabras, las figuras de dición ó de sentencia, y
la forma y composición del discurso, con tal que
nos propongamos elegir y manejar solo los
mejores Autores, y usemos de sus ejemplares
más correctos, para que no pueda engañarnos
algún error de imprenta, como algunas veces ha
sucedido aun á los eruditos.

Sugiera ya la ciencia y conocimiento de los
preceptos del arte, produjera mucha utilidad al
hombre estudioso de la latinidad el imitar á
algún excelente escritor de los muchos que ad-
quirieron grande celebridad por la elegancia de
la lengua, lo que deberá emprender con solícitud
y empuño, puestos ya de antemano los fundamen-
tos por las instituciones gramaticas sobre la
matadad, composición y construcción de las pala-
bras; pero con tal que no divague á un tiempo
por muchos, aunque sean los más excelentes, sino

que se proponga uno solo para imitarlo; pues no es fácil de explicar cuanto puede valer para aprender la imitación atenta y diario ejercicio de un solo Autor, siendo clasico. Los que se dedican pues á la propiedad latina deben todos los días no solo leer, elegir y meditar; sino principalmente hablar y escribir alguna cosa en latin, hasta que hayan conseguido el honor insignie de la cultura de estilo, y una total facilidad de hablar y de escribir.

A todo genero de ejercicio debe preceder la lección atenta de un buen escritor, pues es inexplicable cuanto ayuda para bien escribir el leer antes con atención. De aqui debemos tomar la abundancia de palabras, la propiedad de las locuciones, y los adornos de las sentencias y de la diction, hasta hacernos semejantes, cuanto sea posible, al que nos hemos propuesto imitar, lo qual conseguiremos ya con su incesante lección, y ya prin-

21
cipalmente con continuos exercicios. Por tanto de-
bemos manejar de dia y noche los mejores Auto-
res, como ensena el sapientisimo Humanista
Heineccio, sin abandonar su estudio por mas que
aprovechemos, pues que lo que se principio des-
de la niñez echo cada dia mas profundas raci-
ces, no pudiendo envejecer con la vejez, ni olvi-
darnos del todo lo que una vez aprendimos.

El mismo Heineccio ensena con extension cua-
les son los Autores por los cuales debe principiar-
se este estudio, y por cuales se ha de continuar
hasta llegar a la perfeccion, refiriendo la edad y
estilo de cada uno, y asignando el numero por q.
debe leerse. Lo consultando a la brevedad, me
contentare con solo decir alguna cosa, que con-
ducera a adquirir mas facilmente la facultad de
la lengua latina, sin quitar por esto a cada uno
la libertad de consultar con preferencia a aque-
llos escritores, que conzeca mas acomodados a su

ingenio y capacidad, de lo qual hablare mas extensamente despues.

Las primeras de todas deben leerse Cornelio Nepote y Sencio, y el que entendiere bien su latinidad proporcionada á todos, y no muy difícil, emprenda con estos los escritos de Ciceron, especialmente sus cartas á sus amigos, en las enales se descubre tanta elegancia y artificio periodico, que muchos confiesan haber conseguido por ellas la abundancia y propiedad de las palabras. Despues de todas muchas veces las epistolas de Ciceron, Flinnccio juzga que con preferencia á los demas Autores filosoficos debe leerse á Caton el Mayor y á Lelio por su facilidad. En seguida persuade que se lean los libros de Oficios por su singular elocuencia, los cuales considera el mismo Ciceron en el Oratorio muy utiles para adquirir la facilidad de la lengua latina, y hacer mas llena su oracion; y no hai quien ni que sea muy necesario para los que desean adquirir un estilo

igual y templado. En seguida deben leerse las ora-
ciones del mismo Ciceron, especialmente las más
selectas, como la que pronunció en favor de Ardelias,
en favor de Milon, la primera Catilinaria, y la
Filípica segunda. No será fuera de proposito leer
tambien muchas veces las demás oraciones, con las
cuales adquiriremos un tesoro apreciable para
perorar en latín. Con esta prevención ya será fácil
pasar á leer á Cesar, á Livio, á Salustio y á Curcio.

Ni deben omitirse los que se hicieron especialm^{te}
recomendables en la poesia, como Virgilio, Ovidio,
Horacio, y otros, si los hai de esta clase, que con in-
sigue estudio expresaron en sus escritos el verdade-
ro genio de la lengua latina.

Provenidas estas cosas, que conducen para adquirir
mas facilmente la facultad de hablar, todavia no
consta casual de tantos excellentisimos Autores
deba imitarse mas bien que los demás, pues no ha
de prescribirse á todos un mismo modo de imitar, ni

la imitacion de un mismo Autor, por que cada uno debera tener por mejor el que mas se proporcione á su ingenio y capacidad, procurando examinar en él, como enseña Cicero, que cosas se aventajen á las demas. Pero debe evitarse con toda cuidado el deseo de imitar á cuantos Autores se tienen por mas aventajados en la lengua latina, sin diferencia ni eleccion. Cada uno pues habiendo probado su inclinacion e ingenio, escoja el Autor que ha de imitar, y propongalo por guia y norma, de la qual no deba separarse: por que no podra menos de contraer un estilo desigual e inconstante el que divague por muchos Autores, y trate de imitar ahora á este, y luego á aquel.

Para esto conviene saber que en cada genero de erudicion puede designarse un Autor Principe, que lo maneja con toda perfeccion, y en él se adquirirá una grandisima celebridad. El aficionado pues,

à quien agrada mas la prosa que el verso, si por
un impulso natural se siente arrebatado à la
copioso de los asuntos y abundante de las palabras,
consulte à Julio; el que no gusta sino de lo conciso
y agudo, deberá imitar à Plinio. Hai tambien algunos
à quienes el genero de decir sencillo y casto agrada
mas que los demas: à estos será facil imitar à
Livio, ó à Cornelio. Por ultimos los que se complacen
en la oracion grave, sin violencia podran propormen-
se à Tacito por guisa y Maestros.

Del mismo modo debe portarse el aficionado q.
guste exercitarse en el verso y con divina precisia
mas bien que en la prosa. Propóngase tambien
imitar à un poeta celebre; pero qual ha de ser
este? Habiendo medido antes escrupulosamente las
fuerzas de su inclinacion y de su ingenio, si se de-
dica con preferencia à celebrar en verso heroico
los illustres heroismos de los Varones escelentissimos,
que es el objeto de la Epopeya, consulte la Eneida

de Virgilio : si à componer elegias, tome pour maes-
 tre à Ovidio : si comedias à Terencio : si trage-
 dias à Seneca y à Titavio : si versos liricos à
 Horacio; si à escribir epigramas à Marcial: si
 silvas à Stacio: en fin si otras à qualquiera es-
 sas à aquel, à quien los eruditos tengan por
 el mas sobresaliente en cada una. Por en Quin-
 tiliano observo ya hace tiempo con mucha oportu-
 nidad que cada uno debe seguir à donde le llaman
 su suspension natural aun en esta materia.

Por dos advertencias devren que hacer en este
 lugar acerca de la imitacion de los escritores &
 antes que se concluya el asunto presente. Pri-
 mera: que no todos los escritores de los Autores &
 que se han de imitar, deben imitarse del mis-
 mo modo. Segunda: que la imitacion, como dice
 Alvarcio, es la facultad de expresar el estilo,
 è idea de qualquier Autor sin sospecha de plagio.
 Por lo que hace à lo primero, se encuentran en

algunos Autores, muy recomendables, por otro título, ciertas cosas, de las cuales es necesario se abstenga el que desea saber un imitador consumado y perfecto, lo cual se observa con mucha frecuencia en los poetas, que en los oradores, e historiadores. Juvenio, por exemplo, todos conocen q^e es un Autor de muy pura latinidad, que describe con la mayor propiedad las costumbres y afectos de los hombres; sin embargo, yo diria que no debiera imitarse, sino despues de expurgado. Horacio escribió ciertamente todas sus obras con ingenio, con esplendor, y con elegancia; pero tiene no pocas obscenas, y muy apropiadas, sino hay elección para corregir las costumbres. Ovidio es tambien un poeta ameno, copioso, y agradable por su natural facilidad: espala fuera igualmente casto y modesto, no solo en los libros en que hizo manifiesta profesion de la lascivia, sino tambien en sus Transformaciones, y en algunas episto-

las. Pero bastante hemos hablado de esto, pues sería muy largo explicar todo lo que debe imitarse y evitarse en cada uno de los Auctores. Para juzgar pues de cada uno consultese el juicio de los sabios e inteligentes.

En cuanto á lo segundo debe advertirse que hay muchísima diferencia entre imitar y copiar. A qualquiera es permitido imitar el estilo, y aun, si quiere, la idea de un Auctor; pero no copiarlo, ni usurpar sus sentencias con las mismas ó semejantes palabras; pues en esto consiste el hurto literario, que comunmente se llama plagio. Este vicio torpísimo, y execrable á todo hombre de bien, se observa de ordinario en la imitación que llaman pueril, y consiste en imitar prolija y desordenadamente las palabras del Auctor; cuales pueden considerarse casi todas las imitaciones, que se suelen usar en las escuelas para ejercitar á los principiantes. Desendo pues esta moda de imitar, debe trabajarse de continuo en la imita-

cion varonil, no tomando solo las palabras y frases del Autor, sino mas bien su modo de inventar y disponer, y todo el artificio de la oracion; pero de modo que nadie pueda arguir de que ha sido copiado: à la manera de los arquitectos, que no imitan las piedras, las maderas ò el hierro, sino la forma, el orden, y el ornato del edificio.

Aquella primera imitacion es mucho mas facil, como que toda està reducida à tomar del Autor las frases enteras, ò la misma sentençia con otras palabras ò frases, quitando ò añadiendo solamente algunas voces ò circunstancias; pero esta segunda es mucho mas dificil, porque no contentandose con las frases y voces del Autor, se extiende à imitar sus mismas virtudes, y como estas consisten ya en la invencion, ya en la disposicion, y ya en la elucion, no adquiriremos la imitacion varonil del Autor que nos propusieremos por esemplar, sino cuando hayamos conseguido su misma felicidad y mo-

do de inventar, de disponer y de hablar.

20

Para conseguir la imitacion varonil debe establecerse este metodo: en primer lugar dividamos logicamente la clausula del Autor, juzguemos de las frases y voces de que usa, y consideremos el artificio, con que todas las partes estan enlazadas entre si: conocida ya perfectamente la elegancia y hermosura de la clausula, dispongamos otra de nuestro ingenio à la medida y norma de las mismas virtudes, sin que nos arredre la dificultad que se presenta à primera vista; pues aunque sea ciertamente muy grande, nada hay que no podamos conseguir con la constancia del estudio y del ejercicio: asi como sin esta continua leccion y atenta imitacion de los mejores Autores ninguno puede que podrá adquirir la menor elegancia de hablar, y sin grandes y continuas vigilias en vano esperará conseguir jamas una latitud casta y pura, pues los suavissimos

frutos de la lengua latina no se conceden à los
que se acobardan por la molestia y dificultad de
estudiarla.

Pero basta haber tocado esto poco sobre fijar
la pureza de la lengua latina y modo de adqui-
rirla, y permitidme poner ya termino à este
discurso, no sea que, siendo la materia casi infinita,
y no pudiendo agurarse con palabras algunas
por copiosas que sean, esta mi disertacion se pro-
longue mas de lo justo. Ella en fin, qualquiera
que sea su merito, principiada mil veces de largo
tiempo oca, interrumpida otras tantas por mi
quebrantada salud, y concludida finalmente por
nueva gracia vuestra en estos ultimos dias, ya
se presenta à Vosotros, ó Censores dignisimos,
para ser examinada, no presumiendo de si misma,
sino confiada en vuestra sola indulgencia y
bondad. ¡Ojala me haya producido con acierto!
pero sino, os suplico que à lo menos favoreceais lo-

nignamente à mis suplicas, y como al mas de-
dicado à vuestro obsequio, y al mas amante de
las letras humanas os dignéis concederme el
honor academico, à que aspiro con todos mis
desos.

He dicho.

José Ambrosio
Contreras
